

Fe, Esperanza y Caridad

Fe, Esperanza y Caridad eran tres hermanas muy solicitadas en Acámbaro. Lo que se diga de una se dice de todas. Fe era rica, y por fuerza sus hermanas también. Esperanza era bella, las demás también, Caridad era hacendosa, Fe y Esperanza lo mismo. Siempre las tres juntas. Si una iba a dar catecismo era acompañada por las otras dos. Si a Caridad se le apetecía un helado las otras dos la acompañaban a la fuente de sodas. Si Esperanza amaneció con deseos de comprar un nuevo vestido, ahí iban las tres a comprar el mismo. Eso no lo había dicho, pero las tres vestían igual, se peinaban igual, usaban el mismo maquillaje, muy discreto por cierto.

Hasta aquí esta historia es alegre y hasta ejemplar. No hay nada más hermoso que conocer a unos hermanos que se aman, que se apoyan, que están orgullosos unos de los otros. Pero llegó el amor. No, miento, éste aún no ha llegado físicamente pero sí lo hizo en la mente de las tres. Como si les hubiera caído un rayo encima así les cayó la necesidad de ser amadas por un hombre. Esto fue a los veintiocho años de Fe, veintisiete de Esperanza y veintiséis de Caridad. Lo cual no es lógico de ninguna manera. No es posible que a las tres les llegue esa necesidad al mismo tiempo por más que todo lo hagan juntas y de igual forma. A no ser...Claro, tonto de mí, eso fue lo que sucedió. A Acámbaro llegó Luís Fernando, un joven y apuesto pasante de medicina. Llegó para trabajar en la Clínica de los Ferrocarriles pero se tuvo que hospedar en una casa situada en el Centro de

la ciudad. No tenía auto y para ir a la clínica tenía que caminar cuatro largas calles y pasar, por fuerza, frente al balcón de las hermanas.

La ventana que da al balcón permanece siempre cerrada pero de todo el mundo es sabido que las tres mujeres se sientan frente a ella y a través de las gasas ven al mundo exterior. Un mundo blanco que es el color que les confieren las telas que ocultan el interior de la casa. Luís Fernando al principio no notó nada cuando pasaba frente a ese balcón. Días después le llamó la atención escuchar como un largo suspiro al que no prestó atención. El suspiro cada vez era más intenso, más prolongado y como no iba a serlo si provenía de tres mujeres. Luís Fernando disminuía la velocidad de sus pasos para escuchar mejor. Desde que llegó al pueblo le contaron que todas las casas tenían fantasmas, que estos aparecían de día y de noche. Los que suspiran tan fuerte deben ser algunos de ellos, se dijo con cierto temor. A él de niño lo asustaron con el coco y tenía miedo a los seres sobrenaturales. A los pocos días se cruzó la calle para no pasar tan cerca de esa casa de los suspiros, nombre que él le había puesto. Pero hasta allá se escuchaban.

No tuvo ninguna dificultad para que le platicaran quién vivía en esa casa, que hacían, de qué vivían, cómo eran, etcétera. Como cualquier pueblo o ciudad chica el chisme proliferaba y lo ponían en práctica todos los habitantes del lugar. Con que tres hermanas y las tres bellas y sobre todo ricas; ya la hice, se dijo el joven. Si había salido de la capital no era tanto para ejercer la medicina sino para ganar dinero. Esa era la meta de su vida, el dinero y sobre todo el dinero fácil. Y aquí la oportunidad se la ponían frente a él de una forma prácticamente regalada.

Los suspiros no son de fantasmas, son de ellas, conjeturó correctamente. Si suspiran, continuó en sus pensamientos, es que les gusta y que les gusta mucho, de otro modo no suspirarían tan fuerte.

A partir de ese momento se arregló más que lo usual. Volvió a pasar del lado de la casa de las mujeres haciéndolo muy lentamente, con una

sonrisa cautivadora y agachando la cabeza al pasar exactamente a la mitad del balcón, en señal de saludo y también de humildad.

Las mujeres en efecto suspiraban esos escasos y al mismo tiempo largos minutos mientras Luís Fernando pasaba frente a ellas. El resto del día lo dedicaban a luchar. Sí, leyeron ustedes bien. A luchar. Algo que nadie podría imaginarse ni en el peor momento. ¿Qué las hermanas Fe, Esperanza y Caridad se la viven peleando? No, no lo puedo creer aunque tú me lo digas. Eso no es posible. Las tres se aman profundamente, siempre están juntas, hacen todo juntas...Pues aunque no lo creas así es. Ya hasta se agarraron del chongo...¿Qué cosas me dices... Es más, Filomena, su nana, las escuchó gritarse y bueno, hasta a mí me da pena decírtelo, pero las escuchó que se gritaban groserías. Fe llamó cuzca a Esperanza, Esperanza le gritó a Caridad que era una buscona corriente, Caridad les dijo a gritos que las dos eran unas ofrecidas. Después se dijeron palabras que no me atrevo a decir...¿Cómo cuáles?, tú dilas, ya somos mayorcitas para escucharlas... Es que me da tanta pena... Qué no te dé... Bueno, ya que insisten, se dijeron putas, cabronas y también hijas de la chingada. ¿Ustedes pasan a creer?...¿Eso se gritaron? Válgame la Virgen de Salvatierra y el Santo Cristo Negro de Irapuato.

Con el pretexto de invitarlas a la campaña de vacunación que iba a llevar a cabo en las escuelas Luís Fernando visitó por primera vez a las tres mujeres. Se asombró de su belleza y su porte. Las tres le gustaron por igual. Fe tenía más bellos ojos pero la sonrisa de Esperanza era maravillosa y el largo y blanco cuello de Caridad lo hacía presagiar encuentros eróticos propios de las Una y Mil Noches. Las tres aceptaron al instante. Luís Fernando se los agradeció y acto seguido les mostró el plan de trabajo. Una tenía que ir a las escuelas primarias, otra a las secundarias y la tercera tenía que acompañarlo a él en un auto para vacunar a los niños de las escuelas periféricas y algunas situadas en el campo. Las tres dijeron que ellas irían a

esas escuelas periféricas. Luís les aseguró que le encantaría que las tres lo acompañaran pero que sólo había una plaza en el auto que le proporcionaba el municipio. Fe, como hermana mayor, fue la que dijo que en ese caso él escogiera quién debiera acompañarlo. Luís Fernando dudó unos largos segundos, al fin se decidió por Caridad. Que sea Caridad, dijo.

No se va a poder, contestó Fe, nosotras siempre vamos a todos lados juntas así que busque a otra joven que lo acompañe. Dignas las tres salieron de la sala donde habían recibido al médico dejándolo solo y turbado.

Algo hice mal, se dijo a sí mismo, pero de que les gusto les gusto, se nota a leguas. Ese mismo día también se enteró que las muchachas, como las llamaban en el pueblo, eran dueñas de tres ranchos ganaderos y uno de siembra, al parecer de sorgo. Que tenían propiedades en León y en el Distrito Federal donde pasaban un mes al año.

Está bien, si quieren ir las tres que vayan, pensó, eso es lo de menos, así hasta puedo ver las diferencias mejor y quedarme con la que más me guste.

Descartó el auto viejo que le proporcionaban para su labor de vacunación, alquiló uno nuevo que le costó parte de su quincena, pero, aseguró, era un dinero bien invertido que le iba a proporcionar mucho más. Con él fue a la casa, tocó, nadie le abrió. Eso se le hizo raro. Volvió a tocar y nada. Los vecinos le dijeron que no las vieron salir, que no sabían nada.

Al día siguiente pasó frente al balcón. Ya no hubo suspiros ni nada. La casa permaneció cerrada y en silencio. Nuevamente los vecinos le dijeron que no sabían que estaba pasando.

Al cuarto día la gente del pueblo se empezó a inquietar. Empezaron a correr rumores. Unos decían que se habían ido a León, otros al Distrito Federal, alguno comentó que debían estar en alguno de sus ranchos. Doña Leonor, que las conocía mejor que nadie echó todo eso por tierra. Siempre que salen me avisan.

Medio pueblo, en procesión, se dirigió a la casa. Luís Fernando observó de lejos el movimiento, no quería inmiscuirse en nada. La puerta la tuvieron que abrir a golpes. Los gritos y llantos de las mujeres presagiaban algo terrible.

Las tres mujeres estaban muertas frente a la ventana que da al balcón, las tres estaban atadas una a la otra. Don Anselmo fue el que vio la carta.

“Igual que las virtudes teologales siempre están juntas, así lo queremos estar nosotras para siempre. Cometimos el error de enfrentarnos y hasta pelear en busca del amor de un hombre. A tiempo nos dimos cuenta que eso nos iba a separar y hasta conseguir que nos odiáramos. Ahora ese peligro desapareció. Seguimos siendo Fe, Esperanza y Caridad. Unidas. Dios los bendiga a todos”

Tomás Urtusástegui

Abril 2006